

Ignacio Zaragoza: Jefe del Ejército de Oriente

**Por Emma Paula Ruiz Ham
Investigadora del INEHRM**

A pocos días de cumplir la mítica edad de 33 años, Ignacio Zaragoza fue nombrado Jefe del Ejército de Oriente el 6 de febrero de 1862.

Este cuerpo militar se organizó el 23 de noviembre de 1861 como respuesta a un posible desembarco pactado por las fuerzas de España, Gran Bretaña y Francia, que invadieron el país tras conocer el decreto sobre la suspensión de pagos extranjeros promulgado por el gobierno del presidente Benito Juárez al terminar la Guerra de Reforma.

Cuando Zaragoza recibió la noticia de su nombramiento, preparó una carta que remitió a Juárez, quien en su calidad de Primer Mandatario y en virtud de los servicios de aquel joven valiente, serio y tenaz, había dado dicha orden.

A continuación, unas líneas expresadas por Zaragoza en aquella misiva, con fecha 10 de febrero:

Con positiva satisfacción he recibido del gobierno el nuevo voto de confianza con que se ha servido honrarme nombrándome General en Jefe de este cuerpo de ejército: muy arduo y difícil es el cargo que se me encomienda y acaso superior a mis fuerzas en una guerra de tanta importancia para la nación, pero me sobra voluntad para llenarlo y me esforzaré cuanto esté en mí, a fin de desempeñarlo como a la patria conviene: tengo fundadas esperanzas y casi convicción firme de que será feliz el éxito de nuestras armas porque está de nuestra parte la justicia, el buen sentido de los pueblos y la abnegación de los jefes para resolverse a todo, si ese todo es por salvar a la patria.

¿Cuáles eran los antecedentes de Zaragoza en lo que se refiere a la carrera de las armas? ¿En qué se sostenía la reputación alcanzada? ¿Cómo desempeñó su encargo? ¿En qué contexto se dio la participación de este general siendo Jefe del Ejército de Oriente? ¿Qué reflexiones nos pueden sugerir los acontecimientos que enmarcan la conducta de los hombres que hace 150 años lucharon y perecieron en beneficio de lo que para ellos era la patria?

Hijo de Miguel Zaragoza Valdez y María Teresa de Jesús Seguí, el niño Ignacio nació el 24 de marzo de 1829 en Bahía del Espíritu Santo, en la actualidad territorio texano, pero en ese entonces mexicano. Seguramente fue educado bajo las influencias de la firme disciplina que regula la vida de un militar, tal como lo era Miguel Zaragoza, y recibió las primeras enseñanzas en medio de “soldados, cuarteles e inestabilidad”, amén de los conocimientos que en la propia casa pudo dar doña Teresa Seguí con amor y bajo los

cánones religiosos de la época.

El matrimonio Zaragoza Seguín vio crecer a su familia; Ignacio fue el segundo de sus hijos, pero tuvieron siete más: Miguel, Genoveva, María de Jesús, Emeteria de los Dolores, José María, Elena y Miguel Francisco.

Entre 1826 y 1844, varios fueron los lugares en que el señor Zaragoza Valdez residió solo o con su progenie: Texas, San Luis Potosí, Ciudad de México y Matamoros. Precisamente en este último, Ignacio Zaragoza tuvo la oportunidad de ir a la escuela en la que aprendió las primeras letras. Su padre esperaba que se formara como religioso o bien en la abogacía, y por eso en 1844, cuando ocupó un cargo en Nuevo León, partió a Monterrey al lado de Ignacio, con la intención de que este ingresara allí al Tridentino Seminario. Sin embargo, el chico no se inclinó por ninguna de las dos profesiones; por un tiempo, realizó actividades comerciales, y posteriormente se enroló en donde encontraría su verdadera vocación: el ejército.

Llegado el año 1845, las relaciones entre México y Estados Unidos se mantenían tensas por el asunto de límites territoriales y otras complicaciones que habían surgido varios años atrás. En 1846, iniciado ya el conflicto bélico entre ambos países, Zaragoza quiso unir sus esfuerzos a la causa mexicana, pero, al parecer, la edad que tenía entonces coartó su decisión de unirse a las tropas del país y enfrentar al enemigo del norte.

Hacia 1849, los gobernantes y las élites políticas y militares, a pesar de que fueron testigos de la pérdida de más de la mitad del territorio mexicano, seguían en un enfrentamiento. Pese a los intentos, habían sido incapaces de garantizar un gobierno representativo y estable. En ese año, Ignacio Zaragoza se reunió con su familia en Monterrey. Allí se ganó la vida como empleado en un establecimiento comercial hasta el 12 de marzo de 1852, fecha singular para nuestro personaje, pues en ese día se incorporó a la guardia nacional de Nuevo León y al siguiente año, por fin, ingresó al ejército. El presidente en turno era, por undécima ocasión, el general Antonio López de Santa Anna.

Zaragoza prestó servicios militares durante una década. No corresponde valorar como un periodo breve los diez años en los que desde la categoría de subordinado o de jefe se desempeñó en este campo, lo cierto es que en cada momento demostró gran compromiso profesional, aun antes del personal.

De 1853 a 1855, Zaragoza perteneció a las fuerzas armadas de la administración santannista. No obstante, el rumbo de los acontecimientos que desencadenaron la caída del dictador jalapeño dio el triunfo a un grupo de hombres que bajo los principios del Plan de Ayutla, entre altibajos, lograría estructurar un texto constitucional de carácter liberal con posibilidad de conducir a la nación a su progreso, a la modernidad que se le presentaba a la llamada generación de la Reforma.

El 30 de mayo de 1855, tras un año de iniciada la Revolución de Ayutla y un par de semanas después de que el cacique de Nuevo León, Santiago Vidaurri, se rebelara en contra de Su Alteza Serenísima (Santa Anna), Zaragoza decidió combatir el poder que este detentaba. Paulatinamente Vidaurri, a cuyo mando se encontraban las fuerzas de

Coahuila y Nuevo León, reconoció el talento del paradigmático soldado ascendiendo a coronel. Para cuando Vidaurri aceptó el gobierno de Ignacio Comonfort, Zaragoza ya había conseguido el prestigio militar necesario que le abriría otras puertas, y más tarde la mención especial que ocupa en la historia.

En enero de 1857, contrajo nupcias con una dama oriunda de Nuevo León, Rafaela Padilla de 20 años de edad. A fines de ese año, Vidaurri lo mandó a la Ciudad de México; por ello le tocó vivir de cerca el golpe de Estado de Comonfort. Iniciada la Guerra de Tres Años, regresó a Monterrey y, de nueva cuenta, quedó bajo las órdenes de Vidaurri, quien secundó la causa constitucionalista. Zaragoza fue enviado a San Luis Potosí para recuperarla de las tropas conservadoras. Pronto siguió un itinerario por varios puntos del Bajío y del centro de México.

El general liberal don Santos Degollado reconoció sus servicios nombrándolo general de brigada en febrero de 1859. Cuando a Vidaurri se le destituyó de su mando político y militar, Zaragoza siguió firme en la defensa de los principios de la Constitución de 1857 y, en septiembre de 1860, desconoció públicamente a su otrora superior Vidaurri. En Veracruz acompañó a Juárez; pasó a Guadalajara y participó en la batalla de Calpulalpan, que selló el fracaso de los conservadores. Los liberales habían alcanzado la victoria, y entre ellos, Zaragoza ya era un personaje de importancia, tanto así, que Benito Juárez lo distinguió con el Ministerio de Guerra el 9 de abril de 1861.

Cuando a fines de 1860 y principios de 1861 los liberales entraron triunfantes a la Ciudad de México, muchos podrían creer que la paz anhelada se había alcanzado. Y en efecto, algo había de razón en ello, pues aun después de tres años de guerra en la que los valores de la Constitución de 1857 fueron defendidos en los campos de batalla, en contraposición a un proyecto de nación enarbolado por el sector conservador, se vislumbraba un nuevo camino por el cual transitar hacia la reconstrucción del país.

En ese sentido, al instalar su gobierno en la capital de la República en 1861, Benito Juárez puso manos a la obra para desarrollar tan apremiante y justa tarea. Los asuntos por tratar se tornaban más complejos. Los buenos deseos no bastaban, además, era imposible hacer tabla rasa del pasado y encaminar la administración como si la Guerra de Reforma hubiese mantenido en igual estado la marcha de las cosas.

Uno de los aspectos que demandaban atención urgente era el de las finanzas públicas, sin embargo, cuando el abogado de Guelatao promulgó la Ley del 17 de julio de 1861, declarando una moratoria en el pago de los créditos extranjeros, no se imaginaba que pronto enfrentaría una invasión tripartita (España, Gran Bretaña y Francia) que daría pauta para el ascenso al poder de un monarca extranjero.

El gobierno mexicano parecía llegar a cierto arreglo con los representantes de esas tres naciones. Se buscó el retiro de las tropas a cambio del restablecimiento de los pagos. No obstante, en abril de 1862, Francia dejó muy en claro su negativa a llegar a un acuerdo. Fue entonces cuando ya no quedó duda; el emperador de los franceses estaba decidido a secundar el proyecto monárquico de los conservadores mexicanos: imponer a un príncipe

europeo.

La suerte estaba echada. Juárez decretó el 12 de abril en estado de sitio los lugares que poco a poco habían ido ocupando los franceses e invitó a los jóvenes a la defensa de su patria. Ambos bandos se preparaban ya para el primer enfrentamiento. Zaragoza fue empeñoso en cada momento a partir de su nombramiento como Jefe del Ejército de Oriente. Su determinación para hacer frente al enemigo fue el rasgo que lo distinguió, desde los preparativos de Puebla, en donde “las armas del Supremo Gobierno se cubrieron de gloria” el 5 de mayo de 1862, hasta los meses de junio a septiembre, en el que la enfermedad lo entregó a los brazos de la muerte. El arrojo que lo caracterizó se refleja en las siguientes palabras que dirigió a los invasores:

Hasta hoy se ha tolerado que las fuerzas de las potencias aliadas invasoras de México extendiesen sus operaciones fuera de la plaza de Veracruz, y permanecer impasible en lo sucesivo a la vista de estos nuevos agravios, sería indecoroso para mi Patria e indigno de un general mexicano; por lo tanto hago saber al señor General en Jefe de las fuerzas expresadas, las mantenga en sus actuales posiciones [...] sin avanzarlas más; de lo contrario consideraré rotas las hostilidades y declarada la guerra por su parte, en cuyo evento cumpliré con el sagrado deber que me imponen las leyes de mi Nación [...].

Esa misma tenacidad es factible observarla en la correspondencia que mantuvo con Juárez en 1862. Reveladoras son las cartas en las que bien refiere su sentir para con el detractor, la necesidad de recibir apoyo, el estado de sus tropas, el canje de prisioneros y muchos otros aspectos.

Permítasenos insertar otras inquietudes que Zaragoza, estando a la cabeza del Ejército de Oriente, manifestó a Juárez por vía epistolar:

Nuestras circunstancias particulares son frecuentemente la causa principal que impiden llevar a cabo un plan perfecto y sin interrupción; es necesario ensayarlo primero y consultados prácticamente los inconvenientes que se pretenden, modificarlos continuamente. Esta conducta me parece prudente, no sólo porque así lo aconseja la razón tocando a los pormenores principales de cualquier empresa, sino también porque una tenacidad excesiva en un solo propósito podría traer consigo funestas consecuencias [...].

El 27 de mayo de 1862, fecha de la que data el párrafo anterior, el saldo de la batalla del 5 de mayo había dado momentos de orgullo al pueblo de México, no obstante la balanza tendería hacia el enemigo, y como refirió Zaragoza, vendrían consecuencias funestas derivadas de la guerra contra el invasor francés: la instauración del Segundo Imperio, representado por Maximiliano de Habsburgo.

El general Ignacio Zaragoza falleció en Puebla el 8 de septiembre de 1862; su obra en defensa de la República, restablecida en 1867, permanece grabada en la memoria nacional a pesar de haberse desarrollado hace más de cien años.